FRANCISCO RIVERO

EL REFLEJO DE LA DIOSA

El reflejo de la diosa
Francisco Rivero

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-17878-63-4

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2017 Francisco Rivero
© 2019 Francisco Rivero
© 2019 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

A Iluminada, la joven de la eterna sonrisa.

Y a Javier, la alegría de mis ojos.

INDICE

Indice 7
Notas del autor 13
Prefacio 29
LIBRO I: DE LA MUERTE 39
LIBRO II: DE LA BUSQUEDA 159
LIBRO III: DE LA REVELACION 271
Epílogo 377
Apéndices históricos 411
Esquemas 445
Bibliografía 451

EL MUNDO SERIA GRIS Y
TEDIOSO SI NO EXISTIERA
EL MISTERIO.

NOAH GORDON, EL MEDICO.

Agradecimientos

Quiero dejar constancia de mi gratitud a los que han hecho posible esta obra. Han sido cinco largos años de trabajos, que han dado para que muchos hayan tenido conocimiento de la gestación de este libro e influir en él. No escribiré nombres, pues el cariño que cada uno me profesa hará que ellos mismos los lean con claridad entre estas líneas. Algunos me han inspirado, otros me han aportado ideas y conceptos que he podido desarrollar en mi trabajo y otros al fin, me han dado su apoyo de uno u otro modo, en este largo camino.

En primer lugar, se lo agradezco a mis padres, que inocularon en mí el virus de la lectura y la curiosidad, sacrificándose para que pudiera estudiar en la universidad. Sin la educación que de ellos recibí, no existiría esta obra.

También a los que me animaron a crear, recordándome mis capacidades y elogiando mis trabajos, gracias a ellos un buen día escribí, en un papel en blanco, la primera palabra de esta novela.

No puedo olvidar a mi familia, que me ha consentido ausencias y reclusiones en las tardes, fines de semana y días de fiesta que he elegido pasar escribiendo. Por supuesto, a los que han revisado el manuscrito original, en todo o en parte, sin cuya corrección y crítica no podría haber concluido la obra hasta el final. Ellos han sido mis otros ojos, con los que he visto hasta lo invisible.

Desde luego a los que me han indicado bibliografías y materiales con los que enriquecer o afianzar mi investigación, gracias a ellos, todos mejores lectores de lo que yo seré nunca, he descubierto parcelas insospechadas de conocimiento, que he utilizado de pilares en mi obra. Sin olvidar tampoco a los que me han precedido en este mundo literario, que me han aconsejado sabiamente y evitado los típicos errores de principiante.

Y, por último, a todos los que, formando parte de mi vida, me han llevado en volandas en este inmenso proyecto que ahora llega a sus manos.

NOTAS DEL AUTOR

SI NO LO PUEDES EXPLICAR CON SIMPLICIDAD
ES QUE NO LO ENTIENDES BIEN.

ALBERT EINSTEIN.

La historia de esta obra es la historia de una vida. Una vida en la que la búsqueda del conocimiento y de la verdad me ha ido llevando de una estación a otra, como en el calmado viaje de un tren con mil escalas, a cuál de ellas más apasionante y cautivadora.

Desde tiempo antes de escribir la primera línea, las ideas rondaban en mi cabeza, como piezas informes de un caos que se había ido alimentando por mi curiosidad innata y mi hambre congénita de todo tipo de conocimiento y saber. La cierta habilidad que demostraba en cuanto a expresión escrita, hizo florecer entre mis amigos y conocidos las consabidas sugerencias y ánimos a la hora de dedicarme a la literatura.

Estos ingredientes, aderezados con una considerable cantidad de tiempo libre, fruto de la crisis económica, me decidieron, un buen día de diciembre y tras la desmotivante escritura de una serie de páginas inconexas, a buscar en Google la frase "cómo escribir una novela". Y sin lugar a duda, este aprendiz de escritor se dio de bruces con la realidad literaria, que, como sospechaba, estaba tan alejada de la mera inspiración como de la simple cumplimentación de una serie de páginas en blanco.

A mi espalda, me pareció escuchar el consejo que el viejo maestro Miyamoto Musashi, parecía susurrar para mí desde el siglo XVII:

Te parecerá difícil al principio, pero, al principio, todo parece difícil.

Así, autodidacta como casi siempre, dotado ya de ciertas nociones del método y con los consejos de los más sabios que yo en el oficio de la pluma, pude, no obstante, tras años de trabajos, dar cumplimiento a mi deseo de terminar esta obra, que ahora usted, paciente lector, tiene entre sus manos. A su benevolencia y comprensión, encomiendo mi humilde libro.

El trabajo que comienza usted a leer comenzó por intuición. No me considero novelista ni ensayista. Ni siquiera me considero escritor. Al menos no lo era antes de terminar este libro. No tengo en cuenta por tanto para definirme ni mi blog personal, ni las colaboraciones en otras obras literarias, ni la traducción de obras de otros autores, ni las publicaciones en prensa o revistas especializadas.

La Historia de la Humanidad. Esa aventura, tan maravillosa que parece condenada a ser incomprendida, malentendida, adulterada. Tan inabarcable, que resulta abocada a estudiarla de forma parcial, fragmentaria, inconexa. Nuestro entendimiento persigue sin éxito las visiones completas, las líneas del Tiempo, las teorías globales que satisfagan simultáneamente a la mente y al corazón humanos.

Y entre tanto relato, entre tanto documento, fuente y tradición, desde siempre, el misterio. Desde el mismo origen del hombre narrado en el Génesis, hasta los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial, las Historia está plagada de misterios, de hechos inexplicados sobre los que solo algunos valientes (o locos) tratan de arrojar luz.

La religión misma, aún hoy en día, conserva oscuras sombras, de forma sistemática sobre los hechos históricos, dando su propia explicación de la Historia allí donde la ausencia de datos se lo permite. Y lo que es más importante, el investigador del siglo XXI persigue la verdad, rebuscándola en los textos de un pasado en el que los líderes religiosos han controlado la transmisión de la información humana mediante la copia de los textos manuscritos. Copias sobre las que la religión ostentó el monopolio, no solo desde la Antigüedad Tardía como suele admitirse, sino desde fechas tan tempranas como el siglo III antes de Cristo, cuando la élite rabínica comenzó la compilación de los textos sagrados que nos han llegado hasta hoy en el Antiguo Testamento y el Talmud.

No obstante, y al mismo tiempo, son estos mismos textos sagrados los que permiten al investigador obtener información allí donde ninguna otra fuente está disponible, de modo que, sí, es posible extractar valiosos datos de unos textos que, irónicamente, han dejado "colarse" muchos, que han logrado llegar hasta nosotros.

En esta búsqueda de la Verdad, muchos respetables investigadores, han realizado una aproximación holística, que hunde sus raíces en la Ilustración y da a luz sus mejores eruditos en el siglo XIX y comienzos del XX. Gracias a ellos, la antropología, la filología y la historia del fenómeno religioso cuentan con bibliografía suficiente para permitir al autor construir esta novela-ensayo. Queremos reproducir aquí las

palabras que Baigent, Leigh y Lincoln utilizan para su propia investigación:

Lo que se necesita es un enfoque interdisciplinario del material que se haya escogido, un enfoque móvil y flexible que permita moverse con libertad entre disciplinas dispares, a través del espacio y del tiempo. El investigador tiene que ser capaz de vincular datos y de establecer conexiones entre personas, acontecimientos y fenómenos muy alejados unos de otros. Tiene que ser capaz de moverse, siguiendo los dictados de la necesidad, del siglo III al XII y al VII y luego al XVIII, recogiendo material de fuentes variadas.

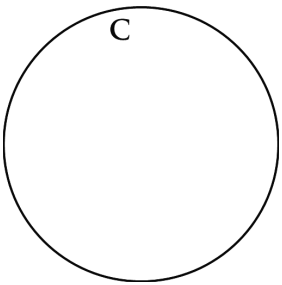
La presente investigación, sin embargo, se ha apartado de los convencionalismos y el corpus literario preexistente, al que el lector probablemente está de sobra acostumbrado. No encontrará el lector aquí las típicas teorías conspiratorias, misterios de imposible solución o cuentos fabulosos. Reconozco que la búsqueda de la Verdad acerca de los interrogantes principales de la Humanidad y el Universo tampoco es algo nuevo. Diversas disciplinas del conocimiento han perseguido tradicionalmente explicar y comprender de forma unitaria y completa el Cosmos. De entre todas ellas, es la Física, la que, lógicamente, mejor ha expresado este concepto en su persecución de una Teoría General del Todo, nombre que, en sí mismo, me causó fascinación y asombro la primera vez que llegó a mis manos.

Una Teoría General del Todo aplicada, no en este caso a las leyes generales que rigen el Universo, pero sí a la Humanidad, a esta Humanidad actual que conocemos, como expresión subjetiva del visor e intérprete del Cosmos. Una Teoría que abarque y explique, basada en hechos científicos y humanos, el origen y evolución de nuestra especie, destinada, según parece, a dominar su propio planeta y, quizá, todo el Universo a su alcance. Una Teoría en la que deberían converger todas esas "disciplinas dispares" a las que hacíamos referencia antes, para poder destilar, gota a gota, como en un antiguo alambique de cobre, la esencia pura de la Verdad auténtica.

El Esquema del Conocimiento

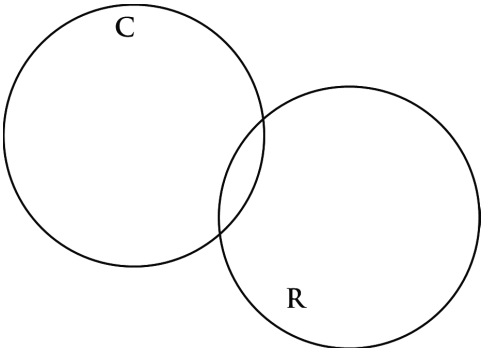
Pero bien sabía por mi formación científica, que toda teoría que se precie debería poder ser descrita, del modo más asequible para cualquiera. Y, amigo del dibujo y consciente de que las representaciones gráficas ayudan a entender lo que con palabras puede quedar confuso, pasé al trabajo de plasmar esquemáticamente la arquitectura mental que soporta nuestra particular Teoría General del Todo y la zona de la Verdad.

Así, armado con mi capacidad de síntesis, me dispuse a representar, del modo más agrupado posible, los diferentes conocimientos de la Humanidad. El comienzo fue sencillo, dibujé la Ciencia o el conjunto de conocimientos científicos. Rotulé a este círculo con la letra C mayúscula.



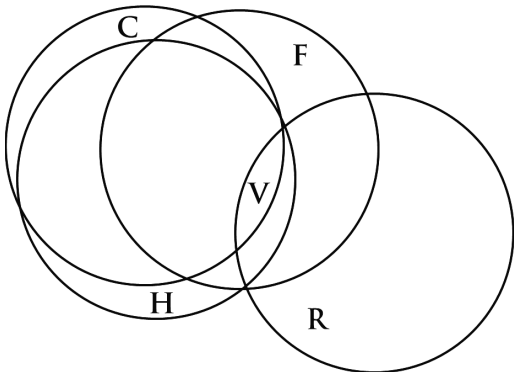
Después dibujé a la religión. Estaba deseando dibujar la religión. Era inevitable pensar en el cristianismo, pero debía ampliar mi mente para incluir en este círculo todas las religiones. Mejor dicho, tenía que incluir el fenómeno religioso. Fue en este caso, otro de mis maestros, Mircea Eliade, quien parecía murmurar por encima de mi hombro:

Es una lástima que no tengamos a nuestra disposición ningún término más preciso que "religión" para denotar la experiencia de lo sagrado.



Rotulé a este nuevo círculo con la letra R mayúscula. La tentación primera fue la de separar completamente ambos círculos, como mundos independientes que jamás se tocan ni comparten parcela alguna del conocimiento. Sin embargo, reflexioné, era injusto no reconocer solidez científica alguna a "lo religioso", sobre todo porque la mayoría de las religiones mantienen algún tipo de base "natural", aunque hayan desarrollado la mayor parte de su cuerpo teórico en el ámbito de los mitos y las creencias, que están situadas más allá de la razón científica.

Después completé mi esquema, añadiendo dos nuevos círculos, el de la Historia y el de la Filosofía, a los que rotulé con las letras H y F mayúsculas, respectivamente. La magia del PowerPoint me permitió ensayar distintas posiciones para estos nuevos círculos, hasta que encontré la que me resultó más apropiada, desde el punto de vista de mi experiencia.



Esquema del Conocimiento 1

En el grafico completo se representa la conjunción de los saberes que la Humanidad ha ido desarrollando desde su aparición sobre el planeta Tierra y en su incansable búsqueda del conocimiento de sí misma y del Cosmos. He elegido el círculo, como podría haber elegido otra forma geométrica. Aunque, en realidad, el círculo aporta una connotación de perfección que, confieso, me gustaba bastante.

I. En la Zona C representamos a la ciencia. Especialmente a la Física, pero también el resto de ciencias formales de las que la Humanidad se sirve para tratar de describir el Cosmos: la Química, la Astronomía, la Biología (con sus derivadas), la Geología y por supuesto la Matemática. En esta zona habitan las leyes generales que gobiernan el Universo y más allá de las cuales no es posible la existencia. La Física persigue por su cuenta la descripción definitiva de la Teoría General del Todo, pero el estado actual de la tecnología no permite, de momento, a los científicos pasar de la formulación abstracta de teorías sobre el origen y fin del Universo, lo cual, dicho sea de paso, es ya mucho.
II. La zona F representa la Filosofía, como disciplina que estudia el ser humano de forma integral. Aquí se incluye la Antropología como materia de peso similar al de la Filosofía, pero también la Lingüística, la Economía y la Sociología. También incluimos las Artes como expresión de la creación humana. Cuenta con un

grado de afinidad alto con las ciencias y la Historia, aunque su correspondencia con la Religión tampoco es desdeñable.

III. En la Zona H representamos a la Historia, con todas sus implicaciones sobre las otras ramas y ciencias históricas como la Arqueología. La Historia se basa en hechos, en fuentes comprobadas y contrastadas. Comparte la mayoría de su extensión con la Ciencia, pero también cuenta con zonas independientes de ésta, con hechos comprobados que, hasta la fecha, la Ciencia no puede corroborar por la experiencia, bien porque no pueden reproducirse las condiciones de entorno del pasado, bien porque se desconocen los "cómo" alguien pudo realizar "algo". Se ubican en esta zona "independiente" de la Historia, todos los hallazgos arqueológicos para los que la Ciencia aún no ha presentado una explicación coherente.

IV. En la Zona R, como decíamos al principio, representamos la Religión como fenómeno puramente humano. Podría pensarse que ningún tipo de conocimiento que habite en esta Zona sería de utilidad para alcanzar cualquier Verdad. No obstante, no solo reconocemos en este gráfico sus amplias imbricaciones con la Historia y la Filosofía, sino que también, insistimos, se representa una zona de sombra con la Ciencia: la religión, durante siglos enemiga de la ciencia, está proporcionándonos valiosa información que nos ayuda a dibujar la realidad. Religión y Ciencia no pueden caminar juntas, pero tampoco ignorarse mutuamente durante mucho tiempo.

Como puede apreciarse, las respectivas zonas de sombra o solape entre las diferentes áreas del conocimiento marcan aquellas parcelas que son compartidas y "cubiertas" por ambas disciplinas. Incluso existen esas inéditas zonas entre Ciencia y Religión, materias que muchos, a priori, consideran del todo incompatibles. El grado de solape y la extensión de la superficie de sombra entre cada disciplina es variable, interpretable, y con frecuencia las acercaba o alejaba, según iba descubriendo (o recordando) aspectos que me hacían cambiar de opinión.

Pero ¿qué significaba la zona de sombra central? En esta zona todas las disciplinas aportan su parte de realidad. A esta zona la llamé V,

ya que, si la Verdad existía, debía encontrarse ahí, en algún lugar en el que los cuatro grandes bloques del conocimiento humano convergen, se solapan y acceden a aprobar, como en una asamblea de sabios, cualquier Teoría que se formule. La Verdad, lo que es auténtico y cierto, la eterna pregunta de la Humanidad, si existe en algún lugar, si es capaz de ser descubierta de algún modo, lo hará solo con el uso de las cuatro llaves del conocimiento, de los cuatro círculos, utilizados de forma conjunta y simultánea.

He aquí el espíritu del Renacimiento, en el que los hombres no desdeñaban ninguna parcela del conocimiento, no dejaban de estudiar ninguna disciplina. Hoy, personajes como Miguel Ángel o Leonardo nos parecen monstruos. Estos sabios del conocimiento eran pintores y arquitectos, poetas o ingenieros, astrónomos o filósofos. En su búsqueda de la Verdad, no estaban aún contaminados con el "virus" moderno de la especialización. En la actualidad, los países persiguen la especialización de sus ciudadanos a través de unos sistemas educativos cada vez más ineficientes. Desde la más tierna adolescencia, el ciudadano se ve obligado a elegir entre ciencias o letras, entre el número y la letra, en una dicotomía falsa que produce maravillosos especialistas en la punta del alfiler de cualquier conocimiento concreto, ya que, nos han contado, nadie puede saber de todo.

¿Acercan estos sistemas al hombre a la Verdad? Este es un tema de reflexión sobre el que he escrito suficientemente en mi blog personal y que dejo aquí meramente apuntado al lector.

Afilando la sierra

Sin embargo, este esquema me parecía, aunque fácil e intuitivo, demasiado impreciso. Todos los días movía los círculos y, cuando invitaba a los amigos a colocarlos por sí mismos, nunca obtenía dos esquemas iguales. Así que di un paso más, con la búsqueda de otro esquema, más concreto y científico. En este nuevo esquema, cualquier conocimiento o creencia, debería poder ser representado. El esquema debería ser capaz de organizar, ubicar cualquier conocimiento humano, en un orden matricial de cuatro bloques diferenciados.

A cualquiera que haya leído la obra de Stephen R. Covey le habrá sonado familiar el título de este apartado. Inspirado en su Matriz de la Administración del Tiempo, me propuse establecer una clasificación que fuera válida para ubicar en ella cualquier conocimiento humano. Tras semanas de trabajo, esto es lo que logré obtener:



Esquema del Conocimiento 2

Este gráfico sirve para representar el sistema individual de conocimientos de los individuos. Cada ser humano es capaz de situar cualquier hecho en uno de los cuadrantes, en función de si lo considera Ciencia, Historia, Religión o Mitología. Por ejemplo, cualquier creyente cristiano situaría la resurrección de Jesucristo en el cuadrante o Zona de la Religión. Sin embargo, para el ateo tal hecho estaría situado en la Zona de la Mitología. Del mismo modo, la Ley de Boyle se situaría en la Zona de la Ciencia, mientras que el hundimiento de la flota romana por parte del espejo ustorio de Arquímedes estaría en la Zona de la Historia (mientras no nos atrevamos a reproducir el asedio de Siracusa en condiciones reales).

Los cuatro cuadrantes se definen por el grado que marcan los cuatro ejes. Los cuadrantes mantienen su permeabilidad gracias a dos límites y dos puertas, membranas de comunicación que permiten que todo hecho pase de un cuadrante a otro.

Los límites se mueven, bien por voluntad del individuo (Límite de Creencias) bien por el transcurso del tiempo (Límite del Tiempo). El mismo individuo de antes, si accede a la fe por una revelación interna, moverá su Límite de Creencias de modo que el cuadrante de la Religión se amplíe a costa del de la Mitología.

Por el contrario, las puertas son fijas, en este caso es el individuo el que decide situar cada hecho en un cuadrante u otro. Por ejemplo, Troya pasó de la Zona de la Mitología a la Zona de la Historia, atravesando la Puerta de la Arqueología, gracias al descubrimiento de Schliemann. Sin embargo, todo el mundo comparte que la Atlántida queda en zona Mitológica exclusivamente, porque aún no se ha encontrado la prueba definitiva de su existencia.

El diluvio universal es un hecho que ha atravesado la Puerta de la Razón, gracias a los últimos estudios científicos (William Ryan & Walter Pitman, U. de Columbia, 1997) que han demostrado que el llenado de la cuenca del Mar Negro, bastante violento en términos geológicos, es un hecho que con seguridad inspiró este pasaje bíblico, que por lo tanto, estaría basado en tradiciones orales milenarias, pero con una base real.

Y en la zona central, la Zona de Anomalías, ese rincón oscuro en que los hechos no se sienten cómodos en ningún cuadrante. Los enigmas actuales, tales como el fenómeno de la vida extraterrestre, los enigmas arqueológicos o los milagros médicos inexplicados, no encuentran ubicación sino aquí. Es aquí donde, por más que lo pensaba, siempre acababa ubicando la longevidad del ser humano, tema central de inspiración de este libro.

Resultado: una aventura de descubrimiento

Ciertamente, tenía material suficiente para escribir un libro teórico, un ensayo antropológico, en el que poder verter, desgranados poco a poco, los secretos que había ido investigando en el curso de mis trabajos. Sin embargo, aquello habría sido desperdiciar la oportunidad de ofrecer al lector una visión viva de los hechos narrados. Me propuse entonces crear una historia en la que fueran los

personajes los que acompañaran al lector en su viaje. Necesariamente, el cuerpo principal, el hilo conductor de la trama, se desarrolla en el siglo XXI, gracias a unos personajes ficticios con los que el lector podrá a buen seguro identificarse. Intercalados en este hilo principal, aparecen las escenas del pasado, las vidas, lugares y hechos históricos a los que el libro trasladará alternativa e imaginariamente al lector, para presenciar, en directo, los momentos clave que determinarán o explicarán los sucesos del presente virtual del siglo XXI.

Así, el lector va a vivir esta increíble experiencia durante el tiempo que dure el viaje que la presente obra le propone. Con un prefacio que presenta la acción en el siglo XVIII, comenzará el hilo narrativo en el siglo XXI, para pronto comenzar a vivir en el siglo I antes de nuestra Era o después en el XI, pasando por el IV y el XIX. En cada escena de esta humilde obra, se irán desvelando las estaciones de este apasionante viaje que ahora emprendemos. Del mismo modo, los escenarios irán cambiando, estimulando la imaginación del lector, para representar la Palestina romana del siglo I inmediatamente después de la Escocia contemporánea de la revolución jacobita del XVIII.

En cuanto a los personajes, el lector tendrá una experiencia también diferente a la habitual. Porque, a decir verdad, no se trata solo de una novela. La historia de los personajes está circunscrita a aquellos pasajes en los que ha de ser contada necesariamente, para la buena comprensión del hilo narrativo y la estructura de la obra. El lector echará en falta conocer el destino de algún que otro personaje, del que la narración parece "olvidarse" de manera súbita. Esto es deliberado: constantemente aparecen en nuestras vidas personas de cuyo origen no tenemos toda la información. Igualmente, los que pasan, pueden muy bien marcharse, perder el contacto con nosotros, cayendo su devenir posterior en nuestro total desconocimiento.

Como en una obra de teatro o en la vida misma, los personajes entran y salen de nuestro campo visual en función de las necesidades de la obra. Así sucede en este libro. Las vidas de los personajes se cruzan aquí y allá, pero el lector solo asiste a aquellos hechos que resultan trascendentes para la comprensión del mensaje, quedando a su

imaginación, las vivencias y aventuras posteriores del personaje que sale de escena. Para autor y lector sería, por otra parte, insoportable una carga tal de información, del todo accesoria.

Algunos de los personajes cuentan con una breve reseña histórica al final de la obra, como sucede con algunos hechos o momentos clave. Pero sobre otros personajes el lector tendrá que realizar su propio camino de descubrimiento, porque tratar de describirlos sería objeto de una monografía en sí misma. Por ejemplo, tal es el caso del prolífico Gustav von Mevissen, hombre clave de la revolución industrial alemana y uno de los artífices económicos, políticos y conceptuales de la unificación de Alemania.

Ojalá este libro sirva también para despertar en el lector el hambre de conocimientos. Conocimiento de la historia y la cultura clásicas, pero también del origen y evolución de las religiones más importantes de la actualidad.

Todos los lugares e instituciones presentes en este libro son reales. Así como son también reales los objetos, teorías e investigaciones científicas, religiosas o históricas que en él se mencionan. En cuanto a los personajes, unos son reales ya que se trata de personajes públicos que forman ya parte de nuestra Historia Universal, bien de hace siglos, bien de tan solo unos años anteriores a esta publicación. Otros personajes, si bien existen en la vida real, han sido convertidos en elementos de ficción para servir al propósito de la obra, modificando sus nombres y atributos. Al cabo, los demás son totalmente ficticios y han servido a este autor como argamasa, para la construcción del edificio conceptual y ensayista en el que se convierte a la postre este libro.

Mención especial merece el conjunto de citas. Todas las citas insertadas entre los capítulos pertenecen a obras cuya lectura se recomienda al lector inquieto, que desee saber más acerca de las teorías e investigaciones que aparecen en este libro, en la certeza de que no quedarán defraudados de su lectura. Su inserción entre los capítulos trata de centrar al lector en los límites del hilo argumental y, al mismo tiempo, le muestran las fuentes originales en las que toda la trama se fundamenta. Como cabos que asoman de la obra, el lector

puede muy bien utilizarlos para acudir a esas fuentes por sí mismo, dejándose cautivar por los secretos contenidos en esos libros que suelen reposar en nuestras estanterías, sin que los hayamos explorado lo suficiente, o permitiéndole acudir a la librería para adquirir aquella obra que ahora despierta su curiosidad.

Con respecto a las notas a pie de página, pesadilla habitual de los editores, no he querido transigir. Son necesarias para una experiencia mejorada de la lectura y he insistido mucho en su impresión. Nada comparable a todas esas notas agrupadas por capítulos en las postrimerías de un libro. Esas no las lee nadie. Al menos no las lee nadie en el momento exacto. Sin embargo, la agilidad y presteza de una nota al pie merece la pena el trabajo editorial, para aportar al lector el dato histórico preciso, justo y breve que la narración exige.

Finalmente, y en cualquier caso, un cuerpo de Apéndices Históricos ha sido insertado, ahora sí, al final del libro. Estas notas van a ofrecer al lector interesado una ampliación de las hipótesis narrativas, marcos históricos o conjunto de datos que ilustran y completan lo encontrado en el texto. De este modo, encontrará valiosas explicaciones y datos biográficos que le ayudarán a interpretar lo que en el texto aparece como hechos y vivencias de los respectivos personajes históricos, completando así la experiencia de lectura en 360º.

De igual modo, al final se encuentra la relación de bibliografía recomendada para el lector. Las obras de esta lista me han servido unas veces de inspiración. En otras ocasiones han sido libros donde consultar los datos que debía utilizar en mi historia. Y otras veces han sido pilares sobre los que he edificado el edificio literario que ahora es este libro. El lector que desee profundizar más en la multitud de temas que aquí se exponen, puede continuar su propio camino de descubrimiento gracias a esta relación de tesoros escritos.

Así que, sin más, le dejo solo en su aventura. A partir de ahora, su compañía serán el tacto del viento de los valles renanos, el canto de las cigarras sobre los olivos de Antioquía, el olor a diésel de los blindados norteamericanos y el cielo azul del sur de España. En este momento, comienza su aventura, cruza usted la puerta querido

lector, que le llevará tras las respuestas que encierran las cuestiones últimas de nuestra propia existencia:

> ¿Hubo un tiempo en que fuimos casi eternos?
> ¿Qué ley cósmica o voluntad divina determinan la longevidad de nuestra especie?
> Y de haberla… ¿quién o qué influye en los años que vivimos?

El verdadero protagonista de esta búsqueda… es usted.

Buen viaje.

PREFACIO

Sabe, empero, Dios que en cualquier tiempo que
comiereis de Él se abrirán vuestros ojos y seréis
como Dioses, conocedores de todo,
del bien y del mal.

Génesis 3.5.

11 de noviembre de 1770, 18:25 horas
En una mansión de las *Low Lands*
Edimburghshire, Escocia

—Con su permiso, Excelencia…

El eco de sus palabras se agotó en la amplia estancia en la que el mayordomo solicitaba acceso, como se agotaron sin respuesta los golpes de cortesía que intentó en primer lugar.

El viento silbaba entre las ramas de los viejos alerces del vasto jardín, arrancando de su descanso mil hojas muertas y empujando la fina lluvia sobre los cristales del despacho, donde las gotas formaban lágrimas que resbalaban hasta alcanzar los canalones.

Acostumbrado a tales silencios, desde la hoja entreabierta de la puerta y tras permitir a su vista adaptarse a la escasa luz de las velas, el mayordomo pudo confirmar que su señor, único ocupante de aquella estancia, no se encontraba dormido. El despacho era austero y sencillo, como la mansión entera. Nunca el lujo o la ostentación entraron en aquella casa, en la que ahora su amo, viudo y anciano, escribía junto al fuego. En las viejas estanterías de roble, cientos de libros polvorientos, manuscritos ajados unos, modernos tratados a imprenta otros, guardaban su sabiduría sobre la Humanidad. En la mesa, dos candelabros arrojaban trabajosamente una luz anaranjada sobre el retrato de una hermosa mujer, único adorno que acompañaba a los útiles de escritorio.

—Su Excelencia tiene una visita.

—Uhm… ¿De quién se trata, Thomas? —preguntó por fin el anciano, sin dejar de escribir con una letra que siempre fue cuidada y hermosa, pero que, desde hacía tiempo, delataba el temblor propio de una mano cargada de años.

—Es Lord Kinnaird, Excelencia.

—¿El joven Bruce? —respondió, sacándose la humeante pipa de los labios y levantando la mirada hacia su fiel amigo y mayordomo.

Thomas tenía pocos años menos que su señor y era más un confidente que un lacayo. Sin embargo, Thomas nunca relajó su etiqueta, ni dejó de usar su vieja peluca empolvada en presencia de su señor.

—Sí, Excelencia, el Señor James Bruce. Parece exultante y deseoso de verle.

—Pero si tan solo hace dos días que llegó de su expedición a África —murmuró el venerable noble para sus adentros.

Con cuidado, el anciano dejó la pluma de ganso dentro del tintero. Se recostó pesadamente sobre el respaldo de su sillón, mientras devolvía la pipa a su boca, extrayendo de ella el humo aromático y fuerte de su picadura especial, que se hacía traer desde las colonias de América.

—No le hagamos esperar Thomas, debe de haber hecho un viaje terrible con esta tempestad. Prepara algo de té, por favor. Es un detalle que venga a verme tan pronto y a estas horas, tras una aventura larga y peligrosa por aquellas tierras salvajes.

Lejos de volver por donde había venido, Thomas se acercó hacia el escritorio para ayudar a su amo a levantarse del sillón. Tomó su pipa de madera de brezo, le acercó el bastón y arrastró el sillón más cerca del fuego, frente a otro similar, destinado a las visitas. Solo cuando su amo se hubo acomodado de nuevo, salió para rogar a su invitado que pasara al despacho.

James Bruce entró, inclinándose cortésmente ante un noble de más alcurnia de lo que él sería nunca. Aquel aristócrata, vestido de *kilt* como él mismo, había sido su profesor en el *Harrow College* y también compañero de armas de su difunto padre, durante el levantamiento jacobita de 1745. Con una sonrisa en el rostro y portando un *sabretache* militar en bandolera, James Bruce se acercó a grandes zancadas hacia su anfitrión de aquella tarde.

—Perdona que no me levante pequeño James, —dijo el anciano —mis cansadas piernas se niegan ya a cumplir con mis deseos. Pero ven aquí y estrecha las manos de este viejo que todavía tiene el corazón fuerte para alegrarse de verte. Hace casi trece años que te fuiste.

—Yo también me alegro mucho de verle Milord, celebro que se encuentre bien de salud —respondió James Bruce, que para su interlocutor seguía siendo Little James a pesar de haber cumplido los cuarenta, pesar doscientas cincuenta libras y medir casi siete pies de estatura. Saludable aspecto que contrastaba con el del hombre que tenía delante, a quien casi no reconocía, de consumido y enfermo. Al mirar sus arrugados ojos, antes firmes y poderosos, le pareció percibir en ellos una tristeza profunda y resignada. El fulgor de un relámpago iluminó toda la estancia por un instante.

—Me temo que mi salud salió por la puerta de esta casa el mismo día que mi felicidad, buen James —su cascada risa le provocó un acceso de tos sibilante y húmeda —Pero no gastemos el precioso tiempo en hablar de un viejo como yo. Cuéntame en cambio de ti, dame noticias de tus descubrimientos. ¿Llegaste a las fuentes del Nilo Azul? —un violento trueno hizo temblar los cristales de la alcoba, sin que ninguno de los presentes se perturbara en absoluto.

—No Milord, el nacimiento del gran río sigue siendo un misterio para el hombre moderno. Sin embargo, encontré nuevas especies vegetales y… algo mucho más importante —dijo James Bruce posando la mano sobre su *sabretache* bordado —Algo que descubrí en Abisinia.

—Desde luego, en tu última carta ya me lo anunciabas: un original del Kebra Negast, La Gloria de los Reyes. Sin duda un hallazgo digno de tu erudición, pequeño James. Será un placer tenerlo en mis manos y poder traducirlo para la Universidad.

—Encontré ese Kebra Negast Milord, pero… lo que me ha traído aquí es otro hallazgo —James Bruce extraía del *sabretache* unos pliegos de papiro encuadernados, que le tendió con extremo cuidado.

El anciano deshizo el leve nudo de la cinta de seda que mantenía unidos los pliegos. Tras ponerse sus anteojos, a la trémula luz del fuego aparecieron unos caracteres semíticos, que identificó con facilidad.

—Está en la lengua de Aksum —murmuró el anciano, mirando por encima de sus lentes a James, en busca de la confirmación a su primera impresión. Al veterano erudito no se le escapó la expresión tensa y triste de aquel brillante e incansable explorador, que ahora asentía con la cabeza.

Aquello le hizo redoblar la atención sobre el contenido de aquellos frágiles documentos. Conforme el viejo profesor escudriñaba cada línea, cada palabra, cada carácter, su respiración se agitaba y se acentuaba el temblor de sus dedos. Pasadas las primeras páginas, evaluó nerviosamente la cantidad de texto que contenían los pliegos.

—Está completo, Milord —intervino James respetuosamente, adivinando las intenciones del anciano, mientras Thomas entraba para dejar una bandeja con té, pastas y algo de vino sobre la mesa baja que tenían junto a ellos. El rumor de la lluvia, que ahora caía intensamente, le hizo dudar si su interlocutor le habría escuchado.

Cuando el mayordomo volvió a cerrar las puertas de la estancia, el viejo profesor se quitó los anteojos y, dejando reposar los documentos sobre su regazo, dirigió una melancólica mirada hacia el retrato de su amada esposa que adornaba su escritorio. La echaba de menos. La añoraba desde el día en que se fue. Soberano Gran Inspector General de la Orden. Así lo llamaban ahora. El máximo grado que nadie podía alcanzar por el Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Ella se habría mostrado orgullosa. Sonrió para sus adentros cuando pensó cuán vulnerable se sentía en momentos como aquel, en el que todo el edificio de la sabiduría humana parecía temblar desde los cimientos.

—Los frailes no lo encontraron porque no estaba en Tierra Santa… —dijo al fin como para sí mismo.

—Así es Milord, los caballeros del Templo lo buscaron durante décadas, pero no podían encontrarlo porque no estaba allí —contestó James —Aunque los Esenios se llevaron muchos documentos, no hay garantías de que conservaran un ejemplar como este. Salió de allí por otras manos.

Un silencio reconfortante envolvió la estancia, una ausencia de palabras nada incómoda entre los dos sabios, que gustaban de la paz y de la reflexión en soledad tanto como de la mutua compañía.

—He vivido una larga vida, pequeño James. Y hubiera deseado terminarla antes de encontrarme con este Libro perdido. ¿Sabes lo que significa esto, verdad Lord Kinnaird? —preguntó finalmente, mirando a James a los ojos y utilizando el título nobiliario heredado de su padre, quizá para recalcar la virtud y el honor que siempre adornaron a su viejo compañero.

—Sí, Milord, se trata de un descubrimiento que debería ser puesto a disposición de la Humanidad —respondió James.

—Eso parece, jovencito, eso parece —contesto el anciano, tras un profundo suspiro —Sé que dominas el Ge'ez tan bien como el resto de las lenguas, siempre tuviste ese don. Pero ¿estás seguro de que deseas traducirlo tú mismo?

—Sería para mí un placer que lo tradujera su Excelencia —pidió James transmitiendo en su mirada súplica y agradecimiento al mismo tiempo.

—Sí… sí, joven James, lo haré yo, con mucho gusto —confirmó el viejo maestro asintiendo lentamente —pero quizá antes deberíamos hacer una copia, no es prudente trabajar sobre tan delicados documentos.

—Sería un honor para mí ayudarle en esa copia. Pasado mañana puedo volver y trabajaré en ella lo mejor que pueda, Milord.

James Bruce hizo compañía a su anfitrión durante un rato más, en el que hablaron en exclusiva de la importancia de su hallazgo. Al despedirse, James tuvo la sensación de que, con aquel descubrimiento, había llevado tanta tristeza como alegría al corazón del anciano.

Desde la ventana de su coche, y entre la lluvia de aquella noche, pudo distinguir el ventanal del despacho del Gran Inspector, iluminado por el fuego de su chimenea. El cochero hacía trotar a los caballos para

desentumecerles los músculos, mientras el carruaje avanzaba veloz por el sendero, camino de Edimburgo. Recuerda que le llamó la atención, cruzarse con dos hombres que caminaban bajo la lluvia en dirección contraria. Las negras figuras no llevaban sombrero que les protegiera la cabeza del intenso aguacero y se hicieron a un lado para dejar pasar al coche. Miraba por la ventanilla lateral en el momento en que los sobrepasaron y se estremeció al encontrarse, iluminadas por los faroles del carruaje, con las miradas vacías de aquellos viajeros, clavadas en él por un breve instante. Se giró para mirar por la luna trasera, pero no pudo distinguirlos bien, la lluvia y la noche eran demasiado intensas para penetrarlas en la lejanía. No supo si era por la humedad de la noche o por el cansancio aún no recuperado de su largo viaje, pero un gélido escalofrío le recorrió de arriba abajo. James, se envolvió en su capa y se acurrucó en el asiento del coche. Acostumbrado a la soledad y curtido en mil aventuras, James Bruce, Lord de Kinnaird, se quedó dormido durante el resto del viaje a casa. Sus manos reposaban sobre la carpeta de cuero que antes custodiaron el original del valioso documento. Se preguntó si tal tesoro estaría tan a salvo como deseaba, en manos del venerable anciano. Temores infundados. El Libro estaría bien un par de días, hasta que pudiera volver a copiar aquellos maravillosos textos.

Cuando a la mañana siguiente el jardinero descubrió el cadáver del anciano en medio del jardín, dio aviso al Sheriff inmediatamente. Los alguaciles hallaron también sin vida al mayordomo en su cama, en lo que fue declarado muerte natural. El informe final redactado por el *Sheriff's Court* competente, concluyó con la declaración de suicidio del anciano noble. A esta conclusión ayudaron los hechos de estar cerrados por dentro todos los accesos a la casa y no encontrarse señales aparentes de violencia o robo. Concluyeron que la víctima se había arrojado desde un balcón de la segunda planta, cuyo ventanal encontraron destrozado. En la violenta caída su cuerpo había

quedado tan dañado que al médico le resultó difícil contar cuántas veces se rompió la columna vertebral.

Sin embargo, en el informe final no constaba explicación alguna de por qué el anciano decidió atravesar los ventanales en lugar de abrirlos para arrojarse al vacío.

Ni tampoco cómo pudo volar más de treinta yardas desde la fachada de su mansión, hasta caer sobre el cuidado césped de su jardín.

LIBRO I
DE LA MUERTE

APRENDA POR MI EJEMPLO LO PELIGROSA QUE ES LA POSESIÓN DE CONOCIMIENTOS.

MARY SHELLEY, FRANKENSTEIN

Sábado, 17 de marzo de 2012, 14:49 hora local
Instalaciones del Instituto de Biomedicina
Universidad Hispalense
Sevilla, España

El viento húmedo y la oscuridad que estaba adoptando el cielo no presagiaban nada bueno. Desde el ventanal de la sala de monitorización, Elisabetta podía ver la rápida evolución de unos nubarrones grises, que se apiñaban unos sobre otros, como animados de vida propia, hasta provocar una oscuridad tal, que la llevaron a encender las luces de la sala. Más de las que necesitaba, en realidad. No era tarde para estar trabajando. Como buena científica, Elisabetta se calmó razonando que el Homo sapiens es un animal diurno, que recela de la oscuridad. Y más si ésta se produce en mitad del día. Los mecanismos de autodefensa del cerebro conducen al ser humano a buscar ambientes iluminados donde pueda sentirse seguro. A través de los cristales dobles le pareció escuchar un trueno lejano, como el rugido callado de aquel cielo amenazante.

—Puede olerse el agua. Va a caer una buena esta tarde —la voz del guardia de seguridad la sobresaltó un tanto, enfrascada como estaba en sus reflexiones —¿Todo bien señora Graziani?

—Sí, *grazie* Álvaro —contestó ella con una sonrisa forzada —Parece que va a llover bastante.

—Sí, señora —el guardia de seguridad, barbado y corpulento, le devolvió un gesto tranquilizador —Todo el invierno sin llover y al final llega el agua con la primavera. Cuando yo era pequeño, estas tormentas hasta producían cortes de suministro eléctrico.

—Pues sí, el pronóstico no anunciaba lluvia, pero se está preparando para una tormenta de las grandes. Ha hecho mucho calor estos días atrás y no era normal. Al menos el ambiente se limpia un poco cuando llueve —dijo Elisabetta, con un melódico acento italiano, mientras en la ventana tamborileaban las primeras y gruesas gotas de lluvia —Me marcho en unos minutos, y creo que me voy a poner como una sopa

—su hermosa sonrisa dejaba entrever una dentadura perfecta, con los dos incisivos superiores ligeramente separados.

—Yo también espero que solo sean unos cuantos chaparrones. Hacen falta, pero en esta ciudad nadie desea que llueva en Semana Santa —sonrió el vigilante —Voy a seguir mi ronda, hasta luego señora.

—*Ciao* Álvaro —se despidió, mientras, mirándose los pies, pensaba que sus zapatos planos de primavera no eran ciertamente los más adecuados para aquella inesperada lluvia.

Los pasos del guardia de la seguridad del edificio se perdieron en el rumor de la lluvia que empezó a caer con fuerza sobre la ciudad. Elisabetta había llegado a España hacía tres meses para trabajar en el proyecto conjunto de investigación internacional que lideraba la Universidad de Boston y que implicaba a la Hispalense y a su propia universidad de procedencia, la *Sapienza, Universitá degli studi di Roma,* donde ella mudó su residencia al acabar sus estudios en su ciudad natal de Lecce, una joya medieval en el tacón de la bota italiana. Los turnos de trabajo en fin de semana eran voluntarios, pero a Elisabetta no le importaba hacer horas extras y realizaba más guardias de las correspondientes. A sus treinta y ocho años, había solicitado el traslado huyendo de un divorcio y casi nunca tenía otros planes para el fin de semana que no fueran seguir trabajando en aquel proyecto. En el Departamento de Biotecnología Médica de la universidad romana, Elisabetta era una de las científicas más respetadas y su movilidad geográfica un motivo de orgullo y promoción de la propia *Sapienza*.

Justo cuando empezaba a recoger sus cosas para marcharse, sonó el teléfono fijo de la sala.

—Sí —descolgó Elisabetta, adivinando la identidad de su interlocutora.

—Hola que tal, soy Laura —una alegre voz de mujer saludaba al otro lado del teléfono. A pesar de hablar desde miles de kilómetros de distancia, Elisabetta pudo percibir una excitación inusual en la voz de su colega.

—¿Cómo te va, Laurita? Espero que con mejor tiempo que aquí. Estoy cansada de tanto calor y encim…

—¿Estás sola? –interrumpió Laura con un tono poco habitual.

—Claro, es sábado y la administrativa no trabaja los fines de semana, como casi siempre... ¿Ocurre algo? —preguntó Elisabetta, confirmando su primera impresión.

—Hay novedades, creo… —susurró Laura en una voz mezcla de alegría y discreción.

—¿Cómo? ¿Ha resultado alguno de los ensayos? —a Elisabetta se le aceleró el corazón.

—No solo ha resultado tía… dice Mickey que ha dado con la llave, con la frecuencia exacta —rio nerviosamente Laura al otro lado del auricular.

—¿Es única? —preguntó Elisabetta, sentándose sin abandonar la mirada perdida.

—Única. La única que da resultado en el cien por cien de los casos —contestó Laura con la respiración agitada —Cuando me lo contó, casi se me sale el corazón por la boca.

—¿Solo te lo ha dicho a ti?

—Al parecer sí, no quiere transmitirlo todavía a nadie más, está muy nervioso, duda del cuándo y el cómo. Quédate tranquila, me avisó de que te lo explicaría personalmente. Supongo que quiere utilizar algún medio seguro, porque anda obsesionado con la seguridad, el secreto y esas cosas. Yo no lo entiendo, pero para él la discreción es primordial.

—Conociéndole, eso es lo mismo que decir que esperará a verme en persona —dijo Elisabetta con expresión feliz —Pero… es maravilloso, qué alegría, de verdad. Y pensar que estaba aquí cabreada porque no me había traído el paraguas. Qué envidia me das.

—Sí, solo me falta tener tu cara y tu cuerpo para que toda yo sea envidiable —ambas rieron a carcajadas. Laura bromeaba constantemente de su poco atractivo físico en comparación con su amiga.

La conversación continuó durante unos minutos en los que las dos mujeres se preguntaban cuál sería la siguiente fase del proyecto, tras un éxito tan rotundo. Elisabetta y Laura habían trabajado juntas en Roma durante varios años, hasta que Laura aceptó la oportunidad de formar parte del equipo matriz en Boston, algo irrenunciable para alguien tan amante de la ciencia como Laura. Cuando terminaron la llamada, Elisabetta salió a la calle donde rugía una tormenta que ahora le parecía anecdótica. Entre truenos, chapoteando por el campus, alcanzó feliz su Peugeot gris, que le esperaba, como siempre, en el parking de personal de la Universidad.

Moisés tenía ochenta años y Aarón ochenta y tres cuando hablaron a Faraón.

Éxodo 7, 7

Era Moisés de ciento veinte años cuando murió; no se ofuscó su vista ni los dientes se le movieron.

Deuteronomio 34, 7